

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



SUDARIO

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Sudario

Elko Omar Vázquez Erosa



Libro 17



Diván

Sudario

© 2021 Elko Omar Vázquez Erosa

© 2021 Amazon

© Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

© Imagen de portada: Anne Louis De Roussy Girodet Trioson.

El funeral de Atala, circa 1811

Blog: <https://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

I
EL ESTIGMA

Huimos,

arropados de viento,
de estruendo y de furia,
con deseos de vengarnos
de todos los dioses.

Levanta...
de zarzas y lodo
una montaña
para invadir los palacios
etéreos.

¡Caemos!
¡Tan ciegos!
Abrasados de fuego
y de miedo...
desnudos.

La sangre corre
en el fango,
los truenos silban
y el aire convida
el rugir de las fieras.

¡Tan ciegos!,
¡de hambre y de barro!,
y el tiempo registra...
en lágrimas.

Fulvia, hay veces, la memoria,

y yo sigo
en mi laboratorio de sueños
—brutal caricia del tiempo
como grava en mi rostro—.

Fulvia,
¿qué importan
los nombres que nos dimos
si como ganchos puntiagudos
y oxidados
se me clavan los recuerdos?

Fulvia, hay veces,
me desvanezco de ti
y de sol y de alas.

Fulvia, traté de olvidarte,
pero gritabas.

Por los caminos la espera

en un día cualquiera
con un cigarrillo cualquiera.

La distancia resuena
con himnos de voces fatales
que encima del poste
preludian tus pasos.

Visiones tenues e imprecisas,
fugaces, de una mirada.

Desierto planeta
de calles trazadas que llevan,
amarga la boca, tan lejos.

Cristal de los orígenes

con visiones primigenias
de explosiones y tormentas
en un reino de lava y demonios,
de estructuras gigantescas
labradas en granito.

—Bajó una cruz de vida
envuelta en ardientes plumas—.

Procesiones de titanes
y batallas sin tiempo
entre los ángeles de alas blancas
y de alas negras.

—Bajó Odín crucificado
envuelto en ardientes plumas—.

Tallaste las máscaras de Selene
con el fuego que quedó
atrapado en el centro de tus ojos.

—Bajó un Cristo inmolado
envuelto en ardientes plumas—.

Descendemos,

espectros tocan a la puerta
y nos llama a gritos
la botella, el cigarro...

En el fondo estamos solos,
y no importan las pasiones,
los colores, las mentiras
ni los gustos en común,
y el amor no llega
a cruzar un puente
en el vacío;

porque no existen
las mitades
—siempre hay un número
infinito de mitades—
y qué más da
si juntamos nuestros credos,
la política,
los juramentos o la sangre,
y no bastan las miradas,
la amistad,
el saludo o la caricia...
ni los sueños;

porque no existen
las mitades
—siempre hay un número
infinito de mitades—
porque estamos solos
en el fondo,
porque tenemos hambre,
y el día en que mueran
los espacios,
nos vamos a volver
un hoyo negro...

un estómago
sin límites ni edades.

Mi patria y su vestido desgarrado:

una doncella empalada en un poste
adornado con alambre de púas,
atormetada por una pandilla
de sangrientos payasos que sonríen
mientras cobran sus dietas vergonzosas.

Ellos habrán de pagar en sus hijos:
los herederos de taras terribles
y de oscuras maldiciones, sin nombre.

Oye, musa de niebla,

huele a derrota
y soy de los hombres
que gustan la lluvia...
que saben a lluvia.

¿Dónde?
¿En el viento quizá?
Por la fuente de los leones
corona el azar.

Una runa
bajo la copa de oro
de un árbol perdido
en bruma y deseo.

Voy tras las naves
que no han de volver,
y mis pensamientos se filtran
por las rendijas del tiempo
hasta tocar el abismo.

Un plumazo
de muerte y locura,
una gota de sangre
manchando el papel...
lágrimas secas de arena,
una flor en un libro
y un poema olvidado
en el parque.

Lento, despacio,

con gotas de tinta
deslavando los muros
de una incongruencia
perdida en el atrio:

Vida, siniestra,
te llevas los pasos
de esas canciones
que soplaban
al regazo de un sueño.

Duermo, se posan las horas,
flamean las cortinas
en parpadeos de penumbra
—llenas de emociones
y asombro
por hechos distantes—
deshechos.

Deambula tu nombre
sin que llegue a consumarse
el día en que caigan tus velos.

Lamento... una historieta
llena de fango,
una imagen de gasas.

Madera fina
gritaba ante el fuego
y con los sentidos dispersos...
helechos de selvas
en regiones que lindan
con paraísos que luego
se volvieron polvo
en los engranes del tiempo.

Con los ojos vacíos de los dioses

y de entre los dibujos tenues
que grabaron los titanes
en el corazón de la madera,
acechaban las criaturas de un poema.

De la noche vino, del misterio,
y en los pliegues de su ropa
gritaban los glifos de las eras:

El amo de las llaves
del cielo y del infierno
extiende la mano y caen los velos
—espirales y mundos
que brotan, como haces de luz—
y de entre los dibujos tenues
que grabaron los titanes,
acechaban las criaturas de un poema.

Desde hace tiempo

quedaron rotos los segundos
y con tu andar
te trajiste el polvo del camino.

Sueñan las hojas con un rostro...
tu rostro quizá.

Refulgen tus pasos,
llega tu nombre en el viento
y con el perfume
de las flores caídas
me estalla el dolor en la sangre
que hierve de furia y deseo.

Desde hace tiempo
quedaron rotos los relojes
y con tu andar,
trajiste muerte del rocío.

Se entretiene la noche,

el misterio y la sábana,
el cristal y la reja...
con tu pelo.

Trastocado el aliento
de una ciudad
que se vuelve vergel
con lo oscuro.

Se quejan los gatos
de tanto placer
y sus maullidos lastiman
con tal indecencia...
que parecen niños perdidos
en un bosque de sombras
y espinas.

Dicen los libros
que antes de Eva,
Lilith sedujo al hombre
con sus largos cabellos...

...hay veces,
sospecho en tus ojos
un ángel caído.

En láudano y sueño tu pelo.

Un boleto crujiente:
la espera.

Un tren de fantasmas y versos:
cruzamos debajo de un puente
—oscuro— silencio.

En láudano y sueño tu pelo;
tu risa:
una joya en la arena.

Yo no soy la imagen
que proyectan tus ojos.

Yo soy la alquimia,
yo soy el cambio...
el sueño desvanecido
que se vuelve a levantar.

Cincelado tu nombre

en el silencio de la noche...
anduve extraviado
—por agudos recovecos—
de existencias rotas
en la maquinaria precisa
del reloj.

Bailábamos con máscaras de humo
y te perdiste al derramarte
con la sangre de una clepsidra
destrozada;
pero emergías del infierno
cuando te creí tan lejos
y fuiste escalando
por los diseños musicales
de unos huevos con tocino
en la sartén,
y de entre los aromas del café
gritaba tu rostro
con ademanes de reproche.

Regresé,
a una estancia luminosa
donde una vez...
anduve extraviado
por agudos recovecos
de existencias rotas
en la maquinaria precisa
del reloj.

Fantasma de seda y terciopelo,

aroma de piña y de barro
con ondulaciones doradas
en el fondo de las sombras,
en ese recorrido
de mentiras y de luces.

Apenas se puede creer
que nos encontramos
y que luego caímos
en el desencuentro.

Apenas se puede creer
que apuramos la copa
de las decepciones;
que tuvimos como hija,
tras un parto doloroso,
la última carcajada...

...de rabia y deseo
que aún aprieta el pecho,
con el aullar del silbato,
preludiando una marcha
de espectros:

con los demonios de las tres,
de las cuatro y de las cinco,
de tensiones que volvieron
del sepulcro.

Fantasma de seda y terciopelo
—de sangre—
de caminos ondulantes
en el fondo de las sombras.

Pasaron los años,

recuerdo las hojas
de un otoño sumergido
en vapores de ansias.

Recuerdo el olor de las rosetas
y un rostro... tu rostro.

Recuerdo,
borracho de lluvia y de vino,
de fango y de lágrimas.

Te espero,
no acudes al llamado
y las mujeres,
recalentándose con leña,
espiaban en los postigos.

Recuerdo un poema
deshecho de agua y de ti,
una respuesta que tiembla
entre mis manos...
en imágenes difusas
por la niebla.

Encima

se extienden las púas
—voy a romperme
en trozos de vidrio
y gotas de sangre—
de agua,
de arena y de aire.

Tengo miedo
y resuenan los pasos,
las horas perdidas,
las faltas.

¡Tengo miedo
de ti y de nada!,
de ellos.

Rebosa el cajón
de la angustia
en agujas y muerte,
en historias cruzadas.

Tengo miedo de piedra,
tormenta y espuma...
delirio... cansancio...
y en el vacío
la sentencia de un juez
carente de rostro.

Después de la tormenta

y por encima de las notas
del silencio, cruje la nave
y llegan los demonios
a apostarse en lo alto
del velamen.

Hay mares
que no tienen fondo
y están plagados de leyendas,
pero murmuran los ancianos
que en la otra orilla del espanto...

...luego callan
y encienden sus pipas
sin agregar una palabra.

Inoportunas musas

de la lluvia
que imitando a las sirenas,
penetraron el pesado cortinaje
de la biblioteca.

El perfume del infierno
vino a situarse
por encima de la tinta
en el desesperado requerir
de la nostalgia,

y otra vez, al margen de la promesa
de una calma disciplinada y burguesa
vino tu rostro
con ilusiones entrevistas
por las letras.

Un muro de lluvia
que mantuviera lejano
el pequeño rincón
que nos reveló
una tarde plomiza.

Un camino de hojas muertas
y de lodo que, después de los achaques
heredados por los años,
dejó de conducir a tu regazo.

Los muy puercos orinaban los templos,
las creencias que nunca comprendieron...

los santos cerdos que despedazaron,
y tan alegre la mirada, a Hipatia.

El fanatismo
sólo se explica,
igual que el comunismo,
por las sangrientas
revoluciones
de la chusma apestosa.

Descifrabas los signos

de la roca, creyendo ver
escorpiones y animales
de una época fantástica
y sin retorno.

Con una burla
—con esa burla amable
de los abuelos—
el alquimista sugería
quién sabe que prodigios
de lo cotidiano y de lo simple.

Camino del incienso

y de la seda.

En armonías de la arena,
en misterios viejos...
ensueños del oriente.

He de buscarte
a la vuelta de las rutas
que sólo recorren
los fantasmas,

a la vuelta de la mirra
y de tus ojos,
en la otra orilla
del desierto.

II. EL JARDÍN DE LOS NENÚFARES

Con tus juegos secretos

y en amor de lo vano,
lo inútil, lo bello,
usurpas novelas de Wilde;

ora encarnas una vampira
de Choderlos de Laclos,
una diosa romana,
griega o egipcia.

En mestizajes,
¡ay!, abominables
del poema,
sabes moverte en la alfombra
con giros sutiles
que convidan la muerte.

Una copa de vino

y miramos la tarde
por una ventana.

Los fantasmas de la sala
recuerdan
una cesta de frutas
y un roce.

Ayer
vino la bruja de la montaña
por un camino de hongos
y hierba.

Hoy escaparon visiones
de un florilegio:

una prenda olvidada
en el sótano,
rasguños de troncos podridos
y verdor de la alfalfa;

una brizna
de aire y de paja
encerrada en un libro;

un rozar
de tenues cadenas,
de piedra y de agua...
en hojas al viento
y estallidos naranja
que inyectan las nubes.

Esa tarde

me senté a fumar
junto al pozo...

...y aquel silencio
de historias imprecisas
me trajo la lluvia
y tu nombre;

aquella puerta de roble
y de toscos herrajes...

...tu alcoba.

Llena la tarde

con los matices de tu rostro...

...te busco en el fondo
de los bosques.

Quisiera la fe
de los shamanes,
sorprender tu charla
con las aguas y los vientos.

Tendría que manipular el rayo
para invadir tu jardín secreto,

porque fuiste hecha
de silencio altivo,
porque llevas en el pelo...

...cabalgatas de olas
y huracanes.

Hoy descubrí unas notas,

Fulvia,
su trazo recordaba
tu pelo.

Hoy quisiera volver
por oscuros senderos
que solían llevarnos
a un claro secreto.

Hoy gritaban las flores,
los pájaros...

¿Dónde se fueron
las horas primeras
de amor y agonía?

El sol comienza
a escurrirse del muro
y yo sigo bordando
memorias de hielo
y deseo.

Transmutar de sombras...

fuiste a hundir tu cuerpo
entre las sábanas,
enmarcando la simbiosis...

...por un diseño
de gemidos y fragancias.

Rompiste
la suave textura de la charla,
arrojando las copas...

...para perfumar la estancia,

y ya no eras tú:
eras la esencia de un río,

eras un brebaje desgarrado
entre las páginas de un libro.

Esa mezcla

de miseria y orgullo
de la gente bien
venida a menos.

Ese Egipto humillado
por las sandalias toscas
de Roma.

En tu bolso,
pequeños tesoros luminosos
que hacen llevadera
tu existencia.

La cerillera...
como un osario
de duendes y de sueños;
el librito de poemas
y de apuntes,
de proyectos en el aire
de una secretaria
con vuelos de señora
y recuerdos que se funden
con el escarlata,
tembloroso
de acariciar tus labios,
lejano de la estupidez palurda,
engreída de dinero.

Aleteo de un ave cristalina

rociando con espuma
el contorno de marfil
de una diosa.

Sueño insidioso de la musa
después de jugar
en el jardín de los nenúfares.

Corren las ondulaciones en tu pecho
al contacto de ilusiones desprendidas
de aquellas historias que narraba el viento.

Te besa los pasos el musgo
—ansioso—
por prenderse de tu cuerpo.

En los valles de la luna

—bajo aristas de locura—
quise hallar el ritmo de tu pelo,
los suaves cristales
que llevas en el alma.

Por el camino de los sueños,
bajo el río de la fiebre,
entre espirales que bajaban
al centro de las cosas,
y en los pómulos de acero
de una estatua hecha de acero.

Llueve

y con la tarde plomiza
y con el lejano rumor
de los automóviles
llega tu risa
transmutada en tristeza
por los contrastes que deja
en mi respiración.

Pasa la gente
rociando un abismo de dudas
y las gotas resbalan
en la ventanilla del coche,
con la cadencia de los árboles
y del viento.

Borrada de lluvia,
una silueta se acerca
y tiene el color
y tiene el contorno
que luego vienen a diluirse
en unas facciones extrañas.

¿Dónde quedaron tus pasos?
Vacilo en conceder al deseo
de autoconmiseración;
pero llega la urgencia implacable
del reloj
y me obliga a terminar el coloquio
que sosteníamos tu recuerdo
y yo.

Roto el espejo

en ese nido de voces
que desmiente la aurora.

Fragmento tu ausencia
con el placer de la hiedra
rodeando una estatua.

Al tocar con las plantas
la arena que duerme
en el fondo,
extendiendo las manos
a un racimo de frutas
con esquivas de lluvia
en tu piel.

Galería de tu rostro

en los jardines colgantes
de una cúpula de sueños.

Apuntes de hojas muertas
al pie de fotografías
de vivencias desteñidas,
de piedras húmedas,
de polen y de musgo;
de puertas viejas
por donde asoman
las doncellas;
con risa en el agua
y con imágenes de niñas
que se alejan
a un paraje de flores
y de viento.

Ocasionalmente,

cuando brama el autobús
y las luces de tus ojos
parecen volar
entre pueblos perdidos
que sueñan el ayer.

A veces creo que me miras
o que escapando de la escuela,
husmeo el buzón
y busco tu perfume de lodo.

Otras veces,
consciente de que lejos,
prefiero engañarme
con historias que te excluyen
para que no me arañe
la memoria.

Extravías la mirada

y tus ojos se llenan de luz,
de emociones que preludian
un encuentro solventado
por la luna.

Llueve de risa tu pecho
y con las notas de una música
olvidada en el siseo de los árboles,
brillan tus labios
como frutos de una isla perdida
en desconocidas latitudes.

Llega tu aroma e invita a soñar
con pasiones costosas.

Oigo tus pasos
en el crepitar de las ramas
y te hundes
en otros brazos...

...se vuelve difícil.

Extravías la mirada
y tus ojos se llenan de luz,
de emociones que preludian
un encuentro solventado
por la luna.

Desde el caos vendrá,
hermanado con la Noche
y el Infierno
—portador de mil pretextos—
¡ay!, esa palabra tan desgastada:
el Amor.

En los rasguños
de la piel de los amantes
y en los delirios que sostienen
la espada del tirano.

En los resquicios del tiempo
y en el húmedo sueño
de los que esperan.

En la tarde tu risa

de viento y de nubes,
de aldeas dormidas...

Palomas trazan
los caminos
por encima del trigo
y tus ojos proyectan
los sueños azules
que huyen por la ventana.

Bañada en soles
que tienden su manto
bajo las notas de un violín
que perfila siluetas
crepusculares.

En la tarde tu risa
de trenes
y estaciones marchitas;
un esbozo de tinta
que vuelca el deseo
de una poetisa
en flamas de verde
y de lluvia.

¡Ay del camino
que no recoge tus pasos!,
que no recoge el cantar
que ama la brisa
y la piedra.

Un feudo fantasma
aledaño de un lago
salpicado en coníferas...
un espectro
importado de Escocia

y una carreta
cubierta de paja.

Los senderos de polvo
custodiados de púas
para llegar a un destino
de mito y leyenda.

Una mancha de vino en la mesa

y una carta a medio escribir...
soñabas al ritmo de las cortinas
que imitan el color de tu piel.

Como agua tu pelo,
lleno de perfumes temblorosos
que van a proyectarse
en el vacío.

Dichosa,
bebiendo historias prohibidas
en letras doradas que anuncian
la epidermis de una cascada.

Llueve tu risa
en el misterio del tocador
y en los frascos de afeites
germina.

Extraña el amante
la brisa y el viento,
la visión fugitiva
de un ángel desnudo.

Luminosa,

de ensueño y alegría; pecadora
en cuyos ojos no asoma ruindad:
seguro tienes un cuadro encantado
que devora tus pasos.

Luminosa,
escarlata y perfume:
hoy te llevo en el rostro
agobiado en cadenas
con textura de piedra
y desamparo.

Me rompo

—gota de lluvia—
collar de perlas
desgranado por el suelo.

Te rompes
—espasmo de sueño—
copa de vino
destrozada en arrebatos.

Luz, lejana parpadeante,
cristal de hielo en cabalgatas
donde prados de sol
colindaban el sueño.

Tendidos en la hierba,
frescos de lluvia y musgo
—bailaba tu cabello—.

Azul flamígero en tus ojos...

...de sueño.

Ella espera que la vida

no sea tan dolorosa,
con esa paciencia de virgen
que abre las puertas
a ilusiones gloriosas.

Ella compró una caja de chocolates
reellenos de lágrimas y sonrisas,
para acompañar los dramas de colores
que desfilan ante sus ojos.

Ella es rubia como el jilote
y sus formas transparentan de mezclilla.

Ella se vuelve una esclava, una princesa,
al sacudir los bordes de la realidad.

Ella puede rejuvenecer al mundo
con un gesto, con una palabra
y un guiño de prisa;
pero ella fue un elogio a destiempo
ya que un día le vendimos el alma
a fantasmas de gloria y deseo.

Una caja de secretos

en las gavetas de tu cuarto:

Los meses de lluvia
presumen tu pelo y tus formas.

A menudo rasgamos las notas
en busca de una lluvia interior.

III. LAS AURAS

Y todo se volvió silencio

y los hombres cerraron
los templos,
y el polvo cubrió las fiestas,
los viajes y los banquetes;
y las hazañas quedaron inscritas
en las crónicas,
como cuentos luminosos
de una era de gigantes;
y los hombres pasearon
por sus jardines descuidados,
llenos de una música suave
y de poemas
que como flores marchitas
adornaban la frente de diosas
dormidas en un sueño
de invierno.

A cada paso

te vuelves
más lejana,

apenas un murmullo
que en las tardes,
se alza por encima
de las calles;

una sombra desdibujada
entre las nubes,

un grito que se apaga
en la distancia.

Desnuda,

viento de flores dormidas,
rondar de las auras
en torno
a un supuesto cadáver...
se me escurre tu imagen.

Un sol derretido en la hierba
y los palos torcidos
del cerco de púas.

A veces,
sumergida en el tiempo...

...de nácar, de abismo
y de ondas fluviales.

Abriste la noche,

de entre las gotas
de ensueños cansados
—helados—
rociaba tu cuerpo.

Abriste el misterio,
la luz y la célula...

...pausado tu escape
al ras de la carne:
de entre mis venas,
fluyendo se iba tu rostro
—llenaba de sangre
los abismos lunares—.

Fantasmas rasgados
de viento... de sueños:

Presagios firmados
con mano divina.

Flor...

de arena y de viento,
de paisajes inciertos
en tumbas de reyes.

Inmemorial caravana
de espectros
que cruza las dunas
derramadas de un sueño.

Claudia,

¿qué tienes en el pelo?
El aire se emborracha con él.

Esas mágicas manos
de una madona
perdida en recuerdos
de iglesias distantes.

De tu piel asoman los prados
y una viñeta de cuento alemán.

Claudia, tus ojos
de agua dulce y arena...
borrosa, de opio y jazmín.

Eterna
—estallas en rosas y muerte—
en risa...

...adiós tu silueta
en un viaje cualquiera
por aldeas silentes
que extrañan la lluvia.

Las hojas del árbol

giran de luz y de alas,
para luego extenderse
—vencidas—
en muescas plateadas.

Voy, derramado en tu cuerpo

de rosas y tramos prohibidos,
de fragancias que tocan aristas
y se hunden en velos
de un mar sin retorno.

Hoy: un baile de sombras
y tenue rozar de las velas
con negras cortinas
que no desmienten la esencia
dormida en tu pecho.

Hoy recorro tus pliegues
cuál sátiro lúbrico,
borracho de aroma,
de carne y de frutas.

Hoy se nos enreda el pelo
como llamas oscuras
que se buscan para beberse
y cruzar el vacío
en hartazgos de sangre.

Tras la huella de los héroes

y bajo enigmas rotos
de máscaras y sombras
que acechan en la piedra,
la diosa de los velos
cantaba una canción:

“La poesía no tiene fechas,
es hermana del mito
y sucede en un tiempo
allende la memoria”.

Según consta

en el libro de los sueños,
bajo las tablas de los barcos
se escuchan los gemidos
de princesas ahogadas
hace miles de años,

hoy vagan en mundos acuáticos
y comparten
los jardines luminosos
con serpientes mitológicas.

Según consta en las canciones
de los viejos marineros,
bajo el agua se yerguen tumbas
de antiguos héroes;

hoy canta la sombra del poeta
y compone himnos y elegías
sobre los muros milenarios.

Indeleble mirada

en la eternidad de un instante...
distante.

Al seguir tu destino
de pasos breves e inciertos.

Roza tu pelo
un fantasma en la nada,
la llanura se vuelca
en un himno de llamas.

Decías que en la noche

los jaguares buscaban
el aroma de tu sexo,

que trémula de viento
lloraba la selva
con el ansia de tu pelo,

que te sedujeron
canciones de las ruinas
en el centro del infierno.

Seguí los pasos de tu sueño
por caminos ignorados
del hombre blanco.

Seguí los latidos de tu pecho,
incapaz de igualarlos con el mío...
porque eras doncella de la piedra,
de los glifos perdidos en la selva.

Ella vino del agua.

Paseaba su cuerpo
entre las chozas fantasma
de pescadores lejanos
—borrosos—.

Ella sufría una historia
de duques y reyes
ahogados en lama.

Ella vino del agua
y su pelo era un bosque
fantástico
de corales y flores,
de buques hundidos.

Ella sufría una historia:
incisiones de espuma
entre olas y ayer.

Clepsidra reseca,

memorias de viento
y de hojas,
me viene la necia pregunta:

¿En alguna de las encrucijadas
en que nos pone la vida,
te sugirió el paisaje un recuerdo?

Anécdotas de polvo
en la madera fina
de una estancia,
de música y poemas
al hurgar un libro
bajo la luz indecisa
de la chimenea;

con gotas de lluvia
en el cristal,
suspendida en los instantes
y aun fuera de ellos;

en rocío de hierba
y perfume de trigo,
en el silencio de una rosa
y de una almendra en el sol.

Resonaron de los valles y la selva

los míticos acordes que subían
junto a las luces rojas del amanecer
hasta cimas donde templos
de épocas perdidas.

En las notas de los cuernos
y de los caracoles
rompieron las aves
en un vuelo exuberante
que sacudió el follaje
que preludiaba la caída
de los dioses.

Es de noche,

¡ladran los perros!,
doblan las campanas
el cortejo de la muerte.

Un beso antes de dormir...
y el verdugo lame
la sangre de sus manos.

¡Qué encierro

de puertas y flores!,
de cúspides
y rosales torcidos,

de pájaros
sobre un fondo negro
y azul discordante.

¡Qué encierro
de muescas plateadas!,
de libros
y faros de herrumbre.

Esa sed por tus pasos
siguiendo un camino
de hierba quemada.

En un reino de dioses

y fantasmas,
bajo el brillo pretérito
de los tiempos míticos:
sombras de héroes sobornadas
con perlas rojas que mancharon
la blancura de tu sueño frío.

En un reino de anhelos
por la naturaleza divina,
por trascender el cálculo y los datos
de ordinarias lecturas
en vulgares periodicuchos.

En un reino lejano
de gestas y proezas
que dibujen la epopeya
y los cantos puros
de tu belleza inalcanzable.

Sonríe la aurora

en los gestos azules
de un diseño increado.

Se vuelcan tus ojos
en abismos violeta
que preludian el fin
de los titanes,

y lloran tus manos
con ceniza y violencia,
con el rasgar de tu ropa,
con el sembrar de los sueños
que esperan el ciclo,
la vuelta que niega
los trazos del tiempo.

Sentencia el ángel:

“proyecta tu color”...

y mi color es azul,
azul de sueño y ensueño,
de cielo y mar...
pero ya no le creo.

Vanas son las palabras

del tiempo

—no soy el primero—.

Hoy arrojo la espada;
hoy me persiguen los demonios
que se suponía,
pasaran de largo.

¿Por qué, vida,
me sonreías tanto
en los años de infancia?

Auras, huellas del silencio,

negras aves de rapiña
que devorando los sueños
se alimentan a la sombra
de la copa y el placer.

Vivir el momento extremo
que obsequia Eros implacable...
luego duelen los recuerdos,
luego duelen nuestros sueños.

Como duele decirte

que hoy, rotos los cristales
en agujas de luz,
se deshace tu imagen
para luego sumergirse
en la calma de un agua
llena de oscuridad.

Hoy arrastro el polvo
de todos los caminos
y llevo al hombro
los cantos malogrados
que brillaban como perlas
de semen congelado.

Hoy se vuelca tu memoria
en profundos ecos
y tu rostro: petrificado y fugaz
en el parpadeo de las velas.

Hoy bajo la frente
y mi rodilla toca el suelo,
al embate del tiempo
y del desencuentro.

Hoy... no me atrevo a gritar
ni a investirme en el traje
del héroe...

Ella mueve los mundos

como pelotas de fuego.

Ella es la sombra de la reina
que se yergue sobre el tablero.

Ella es el ave
que arranca la vida
a la blanca bestezuela...
ella es transparencia.

Ella es la risa
que luce el guerrero
cuando mira
las lanzas rotas
del campo siniestro.

Ella es un pretexto,
ella es un poema
y una bandera
hecha jirones.

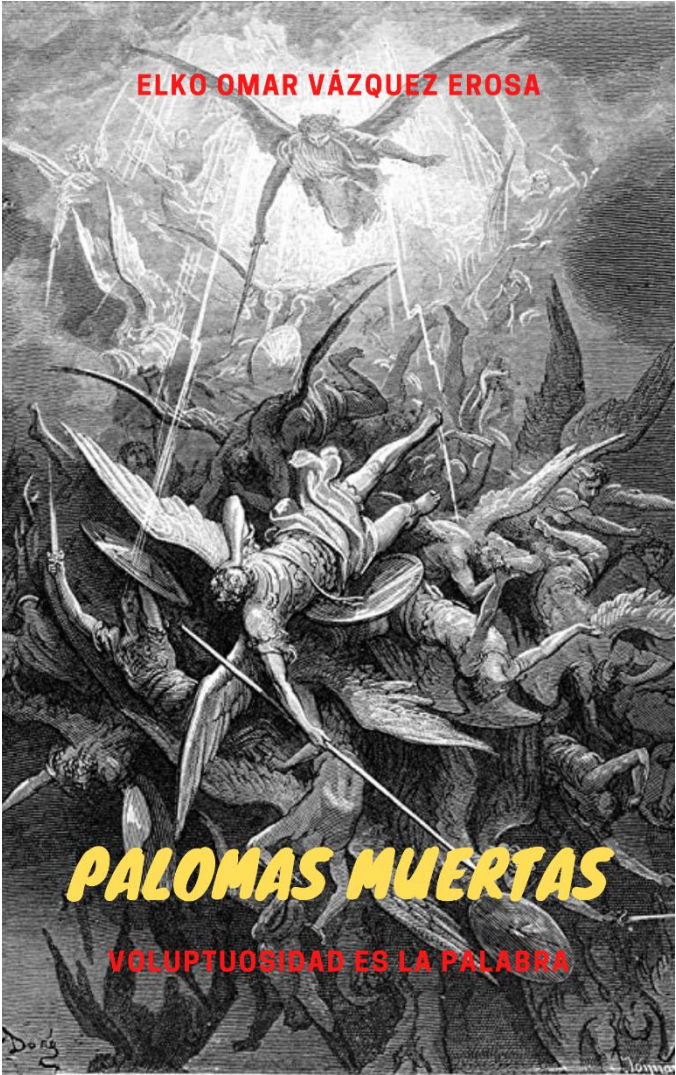
Ella es viento
de llamas y azufre,
sudario de púas,
cuna rebosante de sierpes.

Y ahora un avance especial de:

Palomas muertas

De:

Elko Omar Vázquez Erosa



ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

PALOMAS MUERTAS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

I
LA MANCHA EN EL NIDO

Hoy... tú tienes la palabra,

las alas del gorrión
y la gracia del eterno poema.

Hoy me atrevo a asegurar
que de haber vivido en otro tiempo,
se armarían legiones a tu nombre.

Jezabel, ¿dónde estás?
Jezabel, cuando callas,
cuando sonríes en el ayer
y en el ahora.

Por secretos laberintos

de la noche
desfilan los demonios
exiliados del recuerdo.

Saben meterse
en nuestras venas
con partículas que ignoran
la materia.

Por canales de leyenda,
en el sueño húmedo
y en la más seductora
de las viejas fantasías.

Con dientes incisivos
y afilados
nos mastican sin piedad,

—hay en su mirada
perfumes que poseen,
dulces notas de prohibido—.

A veces nuestra espada
refulge con más brillo
que el arma del ángel,
guardián del paraíso,

y entonces nos sentimos
un poco intrusos
y un poco en casa,
bajo espera indiferente
del castigo,

y se justifica el robo
a los frutos del jardín sagrado

y como dioses, volamos pletóricos
de goce innmercido.

Una palabra de gracia

en viejos palacios ducales...

...una fragancia
de tiempos perdidos
en recuerdos que añoran
caricias de olvido.

Complacencia
de una silueta
que logra emerger al presente
por medio de efigies
y trazos de cisne.

Una rosa de honor
en la luna
para volver a crear
escaleras de sueños
que yacen marchitos.

Pinturas y esbozos de tardes
jamás realizadas,
poemas inmensos
derramados al mar,
con una sonrisa
extraviada en escollos
que se vuelven espuma
al conjuro de Ran.

Suaves trazos de luz

bañaron los libros
en tenues reflejos
bien barnizados.

En el chillar de las copas,
en una mirada
que no pronunciaste.

Quise romper la distancia

con clavos y púas
—tallos de ausencia—
quise volverme
un soplo de viento
—oscuro sepulcro—.

¡Quise romper tus paredes
para fundirme en el centro!,
secuestrarte a un mundo
de viñetas encerradas,

mostrarte un jardín
lleno de ansias,
apoderarme de tus secretos
al quedarte dormida...

...dueño de tus silencios
cuando extraviada.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



IMÁGENES FURTIVAS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas insomnes, grabados en ámbar y otoño.

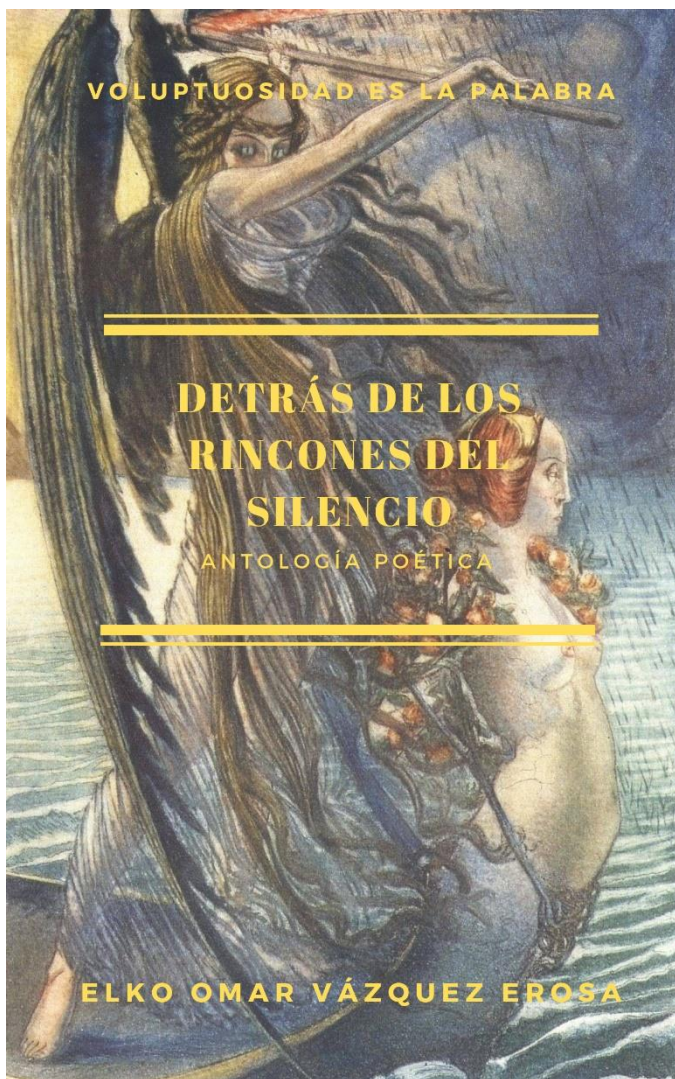
ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



IMPRESIONES

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas desgarrados, cuajados de espinas, extraviados a la orilla de los sueños.



Poemas encerrados en botellas de absenta, lanzados contra las olas del mar desde lo alto de una torre de marfil.

Contenido

I. El estigma

- Huimos*, 4
Fúlvica, hay veces, la memoria, 5
Por los caminos la espera, 6
Cristal de los orígenes, 7
Descendemos, 8
Mi patria y su vestido desgarrado, 10
Oye, musa de niebla, 11
Lento, despacio, 12
Con los ojos vacíos de los dioses, 13
Desde hace tiempo, 14
Se entretiene la noche, 15
En kiuckano y sueño tu pelo, 16
Yo no soy la imagen, 17
Cancelado tu nombre, 18
Fantasma de seda y terciopelo, 19
Pasaron los años, 20
Encima, 21
Después de la tormenta, 22
Inoportunas musas, 23
Los muy puerros orinaban los templos, 24
Descifrabas los signos, 25
Camino del incienso, 26

II. El jardín de los nenúfares

- Con tus juegos secretos*, 28
Una copa de vino, 29
Esa tarde, 30
Llena la tarde, 31
Hoy descubrí unas notas, 32
Transmutar de sombras, 33

Esa mezcla, 34
Aleteo de un ave cristalina, 35
En los valles de la luna, 36
Lluve, 37
Roto el espejo, 38
Galería de tu rostro, 39
Ocasionalmente, 40
Extravías la mirada, 41
Desde el caos vendré, 42
En la tarde tu risa, 43
Una mancha de vino en la mesa, 45
Luminosa, 46
Me rompo, 47
Luz, lejuna parpadante, 48
Ella esperó que la vida, 49
Una caja de secretos, 50

III. Las auras

Y todo se volvió silencio, 52
A cada paso, 53
Desnuda, 54
Abriste la noche, 55
Flor, 56
Claudia, 57
Las hojas del árbol, 58
Voy, derrumado en tu cuerpo, 59
Tras las huellas de los héroes, 60
Según consta, 61
Indeleble mirada, 62
Decías que en la noche, 63
Ella vino del agua, 64
Clepsidra reseca, 65
Resonaron de los valles y la sebra, 66

Es de noche, 67
¿Qué encierro!, 68
En un reino de dioses, 69
Sonríe la aurora, 70
Sentencia el ángel, 71
Vanas son las palabras, 72
Auras, huellas del silencio, 73
Como duele decirte, 74
Ella mueve los mundos, 75

Un adelanto de Palomas muertas, 76
Otros libros del autor, 85